

mente la riqueza de las techumbres, que unas veces presentan colgantes y estalactitas, imitando las bóvedas de las grutas, y otras una octógona cúpula con estrellas entrelazadas y con figuras de salvajes armados de mazas.

La sala de cazadores conserva la primorosa chimenea sostenida como al aire por delgadas columnas: en sus cinco compartimentos figuran tres blasones y dos atletas luchando a brazo partido con un león, y sírveles de dosel una cornisa de arquitos góticos.

A todas, sin embargo, aventaja en extensión y magnificencia la sala de los linajes, bajo cuyo estalactítico artesonado, hecho un áscua de oro, corre una galería cuajada de arabescos, ocupando el vacío de sus arcos los escudos de la casa, águilas y leones, y avanzando a trechos, repisas y doseletes para acoger los bustos de los ilustres ascendientes distribuidos en parejas. La grande inscripción que orla el friso por debajo, declara que estas labores primorosas datan de la fundación misma del edificio. ¡No es mucho que tanta riqueza excitara el asombro del Rey de Francia, que fué hospedado en esta Sala!

Muchas y muy notables cosas pueden admirarse en este Palacio, pero es forzoso hacer punto, bastando estas ligeras indicaciones para llamar la atención sobre un monumento que por su originalidad puede reputarse como único en España.

La escasez y pobreza de los edificios públicos y el lamentable sistema seguido desde aquellas centurias de esplendor hasta el presente, de cercenar y trincar, según el capricho o menester, lanzando inflexibles alineaciones a través de los edificios, han mutilado y hecho desaparecer cuanto de notable existió en Guadalajara durante la época de su apogeo.

La Academia de Ingenieros Militares, de escaso valor monumental, anima un tanto la ciudad. Al cuerpo de Ingenieros pertenece también el Fuerte, antigua morada de los Templarios y convento de frailes franciscanos con posterioridad. Allí estuvo preso y fué enterrado el famoso Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, poeta festivo del siglo **xiv** y cuyos restos se han perdido juntamente con los de Alvar Gómez de Ciudad Real, secretario de Juan II y de Enrique IV.

La soberbia iglesia, de estilo gótico, el claustro y demás dependencias del convento, fundación de doña Berenguela y reconstruido a raíz de un incendio en 1394, por D. Diego Hurtado de Mendoza, conservan grandes vestigios de su belleza, y el Panteón de los Duques del Infantado, construido debajo del presbiterio, atestigua la suntuosidad de aquellos señores.

El Instituto de segunda enseñanza está en la antigua judería. En aquel sitio, y por los años de 1524, fundó un convento, con la